

MADRID

VIVIR

"¿Cómo los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de su soplo vivificador!"

LUIS MARTIN-SANTOS («Tiempo de silencio»)

No voy a explicar a estas alturas qué es una chabola, ni qué complejas y espontáneas técnicas requiere su construcción, ni qué abigarrados y heterogéneos materiales —cañizo de segunda mano, arcilla, bidones enderezados, tablas, barro, carbonilla, cascotes, trapos, chapas publicitarias— integran su peculiar estructura, ni qué inconcebibles reglas de diseño determinan previamente su forma, ni cómo se distribuye su espacio interno (ese espacio vital que, según Bruno Zevi y algunos otros teóricos del organicismo, es el «protagonista del hecho arquitectónico»), ni qué funcionales elementos suelen constituir su decoración interior, ni cuáles puedan ser los remotos o próximos antecedentes históricos de esta anómala «machine à habiter», ni qué ejemplos vivientes a escala internacional —percheles de Shanghai, suburbios de Río de Janeiro, arrabales de Calcuta— sean dignos de competir estéticamente con la diversiforme chabola madrileña.

Todo hijo de vecino ha visto —por lo general, desde una prudente y aséptica distancia— un poblado de chabolas. El vecino de Madrid que desee realizar un riguroso estudio científico sobre la arquitectura de la miseria no tiene necesidad de visitar los barrios bajos de México descritos por Oscar Lewis en «Los hijos de Sánchez», ni es preciso que se atiborre de cine neorrealista o de novela naturalista; puede prescindir de «Los olvidados», de Buñuel; de «Los bajos fondos», de Gorki, y, si me apura, hasta de «Els altres catalans», de Candel. No tiene más que acercarse sin remilgos ni prevenciones al Pozo

del Tío Raimundo, al barrio del Quemadero, a Peña Chica, al barrio de la Celsa, a la cornisa de Vía del Límite, al Puente de los Tres Ojos, al barrio de la China... Sin traspasar las fronteras del área metropolitana de Madrid, entre cochambre y basura, entre vapores pestilentes, entre merodeantes animales domésticos, habitadas por niños desnutridos y adultos taciturnos, el curioso investigador hallará singulares y variadas muestras de la infraarquitectura civil contemporánea.

No voy a describir tampoco la vida y milagros de los moradores de estas insólitas «urbanizaciones». La prensa nutre diariamente las columnas de sucesos con los quehaceres antijurídicos de los ocupantes de chabolas. Y, por esta razón, el habitual lector de periódicos suele poseer obstinados prejuicios respecto a aquéllos.

«En el equipo quirúrgico de Vallecas ingresó ayer Josefa Domínguez Salcedo, domiciliada en una chabola de la calle de Luis Miján, en Vallecas, quien presentaba pérdida de un ojo. Al parecer, la lesionada, que pasó al Instituto Oftálmico, resultó herida en el transcurso de una riña con su marido». («Hoja del Lunes», de Madrid, 16 de febrero de 1970.)

Cositas que pasan entre marido y mujer, claro. El habitual lector de periódicos se espanta y acongoja al leer tales noticias. El habitual lector de periódicos ha escuchado más de una vez esa delicada romanza de «Katiuska» en la que se asevera con bastante énfasis que «es cobarde el que ofende a una mujer» (o algo así, no estoy muy seguro). Y musita para sus adentros: «¡Pues no es nada la del ojo!». Pero, por si fuera





EN CHABOLAS

Por
SANTIAGO
RODRIGUEZ
SANTERBAS

poco, las columnas de sucesos le ofrecen simultáneamente otra hazaña espantable.

«Todo sucedió en pocos minutos. Al parecer, unos cuarenta gitanos se encaminaron hacia la tienda de campaña que en un descampado próximo a la carretera de Villaverde a Vallecas ocupaba Juan José Jiménez Jiménez, de veinte años de edad, sin profesión conocida y padre de una niña de un año de edad (su mujer, en avanzado estado de gestación, fue detenida, hace algunos días, por ejercer la mendicidad). Algunos gitanos de la barriada, al ver las intenciones del numeroso grupo —portadores de armas de todo tipo—, se pusieron al lado de Juan José. Pronto se inició la despiadada lucha, y en los primeros minutos Juan José cayó muerto, abatido por una profunda herida producida por un florete. Había sido atacado por la espalda, y la puñalada le interesó el corazón». («Pueblo», 16 de febrero de 1970.)

El habitual lector de periódicos siente que una especie de redoblado escalofrío le recorre el sistema nervioso desde la rabadilla al bulbo raquídeo. «¡Caray, qué tios más cafres!», piensa. En la retina mental del pudibundo lector de periódicos se entremezclan la muerte lorquiana de Antoñito el Camborio, algunas secuencias de los «westerns» de Sergio Leone, las descripciones del asesinato de Sharon Tate... Pero la historia no termina así:

«Nervios a flor de piel en el Pozo del Tío Raimundo. Tardará en olvidarse la tumultuaria lucha que acabó con la vida de un hombre en la madrugada del domingo. Hay palabras pronunciadas entre dientes; pero existe también una extraña «ley del silencio» en torno a los agresores. Nadie quiere decir quiénes eran, aunque muchos parece que lo saben». («Pueblo», 16 de febrero de 1970.)

El habitual lector de periódicos recuerda ahora a la «mafia», a Salvatore Giuliano, a las sectas secretas de estranguladores glosadas melodramáticamente por

Emilio Salgari, a las crueles represalias llevadas a cabo por el Ku-Klux-Klan... El meticoloso lector de periódicos comienza a sospechar que algún recóndito peligro flota entre el aire de las chabolas de Madrid. Y pocos días después, como confirmación a sus dudas, la prensa le trae otra noticia:

«Varios desconocidos atacaron por la espalda a un hombre que se encontraba en las inmediaciones de su domicilio en una chabola de la barriada de Orcasitas. Parece ser que lo golpearon con una barra de hierro y lo dejaron inconsciente. Fue trasladado a la clínica de La Paz, donde los facultativos le apreciaron heridas de pronóstico grave. El lesionado, Sebastián Bermejo Ramos, de treinta y cinco años, es casado y

tiene dos hijos. Al parecer, sufre una lesión cerebral interna. Su estado continúa siendo muy grave». («Ya», 24 de febrero de 1970.)

Y a la vista de tan reiterados y truculentos testimonios, el atribulado lector de periódicos decide demorar la investigación de la infra-arquitectura civil de Madrid. Habla del chabolismo con una mezcla de irritación y condolencia: «¡No hay derecho! ¡Cómo vive esa pobre gente! ¡No comprendo cómo se tolera la existencia de chabolas! ¡Es una verdadera vergüenza!». Y con estas tajantes y misericordiosas expresiones da por zanjada la cuestión, sin detenerse a considerar razonablemente el origen y las verdaderas causas de tan lamentable fenómeno.

"Son desterrats dels camps on a l'estiu, cremat el cos, segacen sota el sol..."

JOAN MARGARIT («Els qui vénen»)

También Madrid tiene sus «charnegos». No poseen, como sus equivalentes catalanes, un nombre específico; podrían ser llamados «los otros madrileños». Llegan de la Mancha, de Extremadura, de Andalucía, de las tierras de Castilla la Nueva, de los pueblos de la misma provincia de Madrid. Huyen del incierto trabajo rural, del amenazador desempleo, de la recolección a salto de mata, del acomodo eventual, del inestable y veleidoso cultivo de campos ajenos. Buscan el salario regular, la nómina nuestra de cada mes, la tarjeta de afiliación a la seguridad social, la sospechada escuela para los hijos. Madrid es una ciudad de inmigrantes, y la inmensa mayoría de ellos —por tratarse de seres eco-

nómicamente débiles— se asienta en los suburbios.

Los números son más elocuentes que las palabras. Según los datos del censo municipal de 1965 —que daba un total de 2.793.510 habitantes—, solamente 281.717 residían en el centro del casco urbano; 764.272 ocupaban las denominadas «zonas de ensanche», y 1.747.521, la periferia.

Ese contingente de ciudadanos periféricos ocupa normalmente viviendas modestas; se trata de pisos construidos con pésimos materiales, desprovistos de ciertos servicios —calefacción, agua caliente central, conducción de gas ciudad, etcétera—, de reducida extensión superficial y, como vulgarmente se dice, «mal remata-

VIVIR EN CHABOLAS



Es el torrente emigratorio el que determina fundamentalmente el disparatado crecimiento de la población madrileña. Todos los años unos setenta mil inmigrantes procedentes de la agricultura se asientan en la periferia de Madrid.

dos». Son, como todo el mundo sabe, esas viviendas cuyas virtudes y excelencias —llave en mano, entrada módica, facilidades de pago, situación céntrica, inmejorable comunicación— son abrumadoramente cantadas en periódicos y revistas. Leer con cierto espíritu crítico los anuncios de las empresas inmobiliarias constituye un estimulante ejercicio mental: el entusiasmo publicitario llega al eufemismo de pregonar como «céntricos» pisos ubicados en Aluche o en Peña Grande, o de denominar «pisos de lujo» a infectas cochiqueras con tabiques de rasilla, pavimentos de baldosa y techos con goteras perpetuas. Téngase en cuenta, a título indicativo, que un 74 por 100 de los hogares madrileños carece de calefacción; un 36 por 100, de gas-ciudad; un 14 por 100, de re-

trete inodoro, y un 13 por 100 de agua corriente. En la zona periférica, la vivienda de lujo es una extravagante excepción; pero la chabola no lo es. Según una encuesta diocesana realizada en 1966 entre las parroquias de Madrid, existían once parroquias siete en Vallecas, dos en Canillas, una en Ventas y otra en Carabanchel) en las que la chabola era el tipo más frecuente de habitación.

No se ha establecido aún, que yo sepa, una estadística rigurosa del chabolismo madrileño. ¿Cuántas gentes viven en esos estrambóticos tugurios que, a modo de triste y mefítico cilicio, rodean a Madrid? ¿Diez mil, treinta mil, cien mil personas? Es casi imposible saberlo. Por una parte, a causa de las deficiencias censales: las estadísticas demográficas

siempre son, en la inmensa mayoría de los casos, más teóricas que reales. Y esta inexactitud cobra niveles desmesurados cuando se refiere, como en el supuesto del chabolismo, al control de individuos y grupos cuyo ensamblamiento en el conjunto social no pasa de ser una mera conjetura. Si resulta difícil realizar el censo de los Distritos del centro de Madrid, es prácticamente quimérico llevar a cabo con remotas posibilidades de exactitud el de las zonas periféricas, afectadas por una copiosa inmigración irregular.

Por otra parte, no existen unos límites precisos y cabales entre la chabola propiamente dicha y ciertos alojamientos semi-achabolados (esas «menguadas edificaciones pintadas de cal, con uno o dos orificios negros, de los que por uno salía una tenue columna

de humo grisáceo y el otro estaba tapado con una arpillera recogida a un lado», según la descripción de Luis Martín-Santos en «Tiempo de silencio»); muchos de estos sórdidos chamizos, con su correspondiente numeración callejera pomposamente situada sobre el hueco que hace las veces de puerta, aparecen intercalados, como encías sin dientes, entre inmuebles de construcción reciente. Son un híbrido de la chabola y la casucha rural, una especie de prólogo emocional —sabiamente preparatorio por lo que tiene de atenuador de grandes contrastes— al mísero paisaje de las chabolas. No merecen, en rigor, el nombre de «casa»; pero, si a sus moradores se les insinúa que «aquello» es una chabola, pondrán el grito en el cielo y se mostrarán gravemente ofendidos: «¡Us-

té es un lila! ¡Decir que esto es una chabola! ¡Lo que nos faltaba! Pero, ¿no ha visto usted, so vaina, la antena de la "tele" en el tejado?». Y, en efecto, hay que reconocer que la techumbre de una chabola ni siquiera soporta el liviano y reconfortante peso de una antena de televisión.

El chabolismo no es más que el último extremo sustantivo del tan cacareado problema de la vivienda. Entre el hacinamiento de primer grado y el rotundo y absoluto chabolismo caben muy diversas situaciones intermedias. Según datos del Ministerio de la Vivienda, en 1960 vivían en Madrid 19.555 familias en condiciones de hacinamiento (es decir, ocupando viviendas cuya superficie no respondía a las exigencias de un área mínima vital); 9.887, alojadas en cuevas y chabolas, y 21.205, en situación de realquiladas. Estas 50.647 familias deficientemente domiciliadas representaban un porcentaje del 12,52 por 100 del total de la ciudad. Desde 1960 hasta nuestros días se han construido numerosas viviendas; asimismo se han creado por iniciativa oficial «poblados dirigidos» y «unidades vecinales de absorción» (las tristemente famosas U.V.A., sobre cuya adecuación a los más elementales principios del urbanismo social habría mucho que hablar). Pero, si se tiene en cuenta que, durante esos diez años, la población madrileña ha experimentado un incremento aproximado de un millón de habitantes, es lógico suponer que continúa existiendo un fuerte desequilibrio entre la realidad demográfica y las disponibilidades de vivienda.

Es el torrente migratorio el que determina fundamentalmente el disparatado crecimiento de la población madrileña. Todos los años setenta mil inmigrantes, procedentes la mayor parte del proletariado rural, se asientan en la periferia de Madrid. Nada más llegar, van en busca de un amigo, de un paisano o de un pariente que emigró hace algunos años. El padrino les dice: «No creas, no va a ser fácil. Ahora no es como antes; las fábricas quieren obreros especializados...». Y comienza la lucha: la agotadora búsqueda de trabajo, las gestiones fallidas, los primeros engaños, las negativas y los fracasos, el miedo al regreso... Al fin, el recién llegado obtiene un empleo de peón eventual de la construcción, de cargador en el Mercado Central o, si tiene suerte, de obrero fijo no especializado en una fábrica. Ha traído del pueblo todo su dinero —producto de la venta de un pequeño huerto o prestado por un familiar menos apurado económicamente que él— y comprueba, horrorizado, que con ese mísero capital no puede permitirse el

lujo de comprar un piso. Y la trágica e increíble aventura de la vivienda se pone en funcionamiento: idas y venidas, visitas decepcionantes, angustiosos paseos dominicales, acuciante urgencia de abandonar la humilde pensión o la vivienda del pariente apadrinado. A la postre, el nuevo madrileño dará con sus huesos en una habitación realquilada con derecho a cocina, o en una chabola; comprará la chabola, o la alquilará o, si es mañoso, la construirá él mismo durante la noche, esquivando con su clandestino tesón constructivo las adversidades pecuniarias y las dificultades legales. Habrá buscado un enclave que le resulte familiar: si procede de Andalucía, levantará su chabola en la zona de Vallecas —en el cerro Milano, en la Sartenilla, en el cerro del Tío Pío—; si viene del Norte, en Peña Chica o en Vía Límite. Podrá escuchar a gentes que hablan con su mismo acento, que han conocido los mismos paisajes, que tienen los mismos problemas. Siempre pensará que se trata de una solución «provisional», siempre tendrá esperanzas de que al menos sus hijos «salgan adelante». Conocerá el embrutecimiento producido por la miseria, la violencia nacida del temor, la vileza surgida de la promiscuidad, la agresividad engendrada por el hambre. Se sentirá marginado, diferente, intocable. Y un buen día recibirá la visita imprevista de un paisano o de un pariente recién llegado a Madrid; él tendrá que asesorarle y ayudarle en sus primeros pasos. «No creas, ya no es tan fácil...». Y volverá a empezar el dramático juego de los mil laberintos que conducen inexorablemente a la chabola.

Cuando se mencionan posibles soluciones al problema del chabolismo, valdría más investigar las causas de la emigración interior. Las soluciones próximas que suelen proponerse no son más que paños calientes, intentos de favorecer la integración del inmigrante en la sociedad madrileña, medidas de urgencia para mejorar su condición objetiva. Madrid, innegable protagonista de una rápida industrialización, ofrece sin duda esperanzadores atractivos al proletariado campesino. Pero estas atrayentes —y casi siempre decepcionantes— perspectivas se ven reforzadas, complementariamente, por el desolado panorama de las estructuras agrarias de España. Madrid es un grito de llamada; pero, al mismo tiempo, el campo español es una puerta cerrada en las narices. La causa primaria del chabolismo no hay que buscarla en los muladares del Pozo del Tío Raimundo, sino en los olivares de Jaén, en los eriales de la Mancha o en los latifundios de Extremadura. Lo demás es hacer literatura. ■ S. R. S.

BOSC

